



9

NOCTURNO REPIQUE DE CAMPANAS

Estaba cayendo la noche, cuando el último correo del día llegó al convento de la Merced. El Hermano portero, como siempre lo hacía, recibió la correspondencia y la dejó sobre el escritorio del P. Provincial. El P. Torres aún no había regresado, aunque lo haría de un momento a otro. Evidentemente, la reunión en el Obispado lo tenía demorado.

El Hermano, sin poder contener la curiosidad, echó una rápida ojeada a los sobres recibidos. Sintió que se le aceleraba el corazón, cuando vio que uno de ellos venía de Roma. Estaban esperando noticias del Capítulo General que allá se celebraba y del cual saldría electo el nuevo Maestro General. ¿Vendría aquí lo que esperaban? ¿O sería solo una comunicación general de la asamblea?

El P. Torres llegó cerca de las nueve de la noche, cuando la ciudad ya estaba toda en silencio. A semejanza del Hermano portero, dejó a un lado las otras misivas y abrió, con emoción, la que venía allende el Océano. Una amplia sonrisa iluminó su rostro, mientras su corazón desbordaba de alegría y regocijo. Salió de su despacho llamando a



voces, a los Hermanos, los cuales acudieron al instante, y con evidente aprobación y placer les comunicó que el 31 de julio, el P. Fray Pedro Armengol Valenzuela, había sido nombrado como Padre Maestro General. Inmediatamente, mandó a buscar al campanero, el cieguito Don Benito Salguero, y, a pesar de la hora tardía, le pidió que repicara las campanas, con el mejor repique que tuviera en su repertorio. Durante el mismo, toda la comunidad religiosa celebró la noticia con un solemne *Te Deum*.

El sonido de las campanas cumplió con el objetivo del P. Torres: como todavía no había teléfonos para comunicarse sin salir de casa, los cordobeses supieron, al menos, que algo importante había ocurrido. Y a raíz del tipo de repique, podían deducir que era una buena noticia. Pero deberían acercarse a averiguar, al día siguiente.

El contento y alegría del Padre era tan grande, que le costó conciliar el sueño. Pensaba, además, cómo ayudar a sus Hermanos a celebrar este regalo del Cielo, a festejarlo, como él, con todas las fibras de su ser. Solo cuando encontró la manera, sus ojos se cerraron, permitiéndole descansar.

A primera hora de la mañana, como de costumbre, fue de los primeros en concurrir al primer acto de comunidad: las alabanzas matutinas. Terminado el rezo del Oficio Divino, y una vez pasado el desayuno, anunció:

- Hermanos, hoy comenzamos el Mes de la Santísima Madre de la Merced. Por eso, y para festejar el nombramiento de nuestro nuevo Padre Maestro General, hoy habrá recreo¹⁴ comunitario todo el día.

El anuncio fue recibido con aplausos y silbidos, en abierta algarabía. No faltó el empuje de los más jóvenes, para secundar a su Provincial en la organización de un paseo fuera de la ciudad, en alguno de los tantos rincones serranos y pintorescos que la rodeaban. Algunos de los más mayores, declinaron la invitación, en atención a sus achaques, pero animaron a los demás a la salida. Ya se arreglarían entre ellos para

¹⁴ En las Casas Religiosas, llámase “recreo” al momento (o día, como en este caso) dedicado al esparcimiento comunitario. Los había ya establecidos en el régimen diario, y los superiores tenían la facultad de decretarlos, además, en momentos extraordinarios.



divertirse y celebrar según sus posibilidades. ¡Seguro que no faltaría algún campeonato de truco!

Bastante mediada la mañana, una vez previsto un sencillo banquete para ambos grupos, salieron los religiosos a gozar de un día de fraternidad, al aire libre, en compañía de su Provincial, el P. Torres.

No había necesidad de ir demasiado lejos. Apenas dejadas atrás las últimas viviendas de la ciudad, podían encontrarse arroyos cantarines (con poquita agua, aunque cristalina, puesto que aún no llegaba la época de las lluvias), flanqueados por inmensos sauces llorones que, no solo ofrecían una gratificante sombra, sino que eran verdaderos escenarios del coro de aves silvestres.

El Padre, alegre y dicharachero, como si el contento y regocijo quisieran hacerle explotar a borbotones el corazón, era el alma del paseo. Todo era causa y motivo de bromas o comentarios, que encendían la hilaridad de todos.

Un poco retirado del lugar escogido por los frailes, pero relativamente cerca, un hombre joven, de apariencia sencilla y bondadosa, comenzó a sentirse atraído por el espectáculo de estos frailes tan alegres y divertidos. Estaba apacentando una piara de cerdos. Como los animales estaban tranquilos, poco a poco, con disimulo, como quien no quiere la cosa, fue deslizándose hacia el grupo de religiosos, queriendo escuchar lo que tanto los hacía reír. Mientras tanto, el P. Torres lo observaba, divertido y paciente.

Cuando se halló a corta distancia, lo sorprendió con el saludo, directo, sin haber demostrado haberlo visto. El joven no supo cómo reaccionar; quedó como petrificado y vergonzoso de haber sido descubierto. De pronto, todos los frailes tenían puestos los ojos en él. Recién entonces, el Padre lo miró de frente, y con un gesto de la mano lo invitó a acercarse.

- ¿Son suyos esos cerdos, amigo? – le preguntó amablemente.
- Sí, Padrecito; son de mi papá.
- Y... ¿no tiene alguno para vender?
- Y... sí; para eso los tenemos... ¡para venderlos!
- Y... ¿cuánto me cobrará por la cabeza de ese más grande?



- Y... y... ¿cómo le vamos a vender sólo la cabeza, Padrecito?
- ¡Usted, dígame!: ¿cuánto cobraría por la cabeza solamente?
- Y... ¿por qué no lo compra todo, Padrecito?
- ¡Pero no!... enteramente, porque yo quiero solamente la cabeza; porque si lo compro a todo, ¡no lo voy a poder llevar, chico! Entonces, dígame usted, ¿cuánto me cobraría por la cabeza?

Y así continuó el diálogo, un buen rato, mientras era disimuladamente festejado por los que lo presenciaban, al notar el énfasis del Padre en lo que pedía y los apuros del vendedor para convencerlo de su falta de lógica. Finalmente, también el joven se dio cuenta de la broma del P. Torres, y esbozó una tímida sonrisa. Ya descubierto, el P. Torres se sumó abiertamente a la risa generalizada, e invitó al visitante a servirse algo de lo que habían llevado para celebrar.

Todavía el sol estaba alto, cuando emprendieron el regreso, al encuentro de los que habían quedado en la casa. Compartir, con ellos, la anécdota de la tarde, renovó las risas y alborozo de todos.

Viéndolos gozar como niños, ya en el paseo, ya en los juegos de mesa o el billar, el P. Torres se sintió reconfortado y feliz. Sabía que este día no había sido vano ni estéril; al contrario, los lazos de la fraternidad se habían fortalecido y oxigenado con la sana diversión comunitaria. Y el motivo de este día tan especial, no se borraría del corazón de sus Hermanos: el nuevo Maestro General era merecedor no solo de este “hacerse como niños por un rato”, sino, sobre todo, de depositar en él toda la confianza. En sus manos estaba, palpitante, el resurgimiento de la Orden querida.